



prólogo

por Alberto Granado

Prologar un libro escrito por un hombre cuya obra y vida lo convierten en paradigma de ser humano es una tarea difícil, ya que se corre el riesgo de caer en la tentación de transformar a ese ser en un mito alejado de la realidad que lo rodeó durante su vida.

Pero dicha dificultad es aún mayor cuando el que lo escribe tuvo la enorme dicha de ser partícipe de la transformación de «sueños de lujuriosos viajes» en realidades concretas.

Por eso, como parte del medio que lo circundó, los que gozamos de su amistad y pudimos palpar su capacidad moral e intelectual, por encima de la media de la humanidad, tenemos que tener presente siempre, que este gran amigo es solo un hombre y solamente un hombre y no un ser mitológico.

Consecuente con ese ideal, es que acepto la responsabilidad de ser yo, su amigo de siempre —desde un lejano octubre de 1942—, quien haga la introducción de su segundo diario de viaje por América Latina y que premonitoriamente titulara *Otra vez*.

Se trata de un vívido relato a lo largo del cual se encuentra al Ernesto Guevara de la Serna de carne y hueso, que, con sus

2 ernesto che guevara

temerarios 25 años, nos va mostrando las diversas facetas de una personalidad en proceso formativo, que se propone enfrentar todas las dificultades, expresadas sintéticamente, cuando emprende viaje con su amigo Carlos Ferrer (Calica): «dos voluntades dispersas extendiéndose por América sin saber precisamente qué buscan ni cuál es el norte».

Sin embargo, a partir de la decisión de dejar el trillado camino que se le ofrecía en Venezuela, para ir a conocer y participar en la revolución que se estaba llevando a cabo en Guatemala, ya se palpa la transformación que se está operando y se experimenta la certeza de que ha encontrado el camino buscado.

Si el primer recorrido por Suramérica le sirvió para hacer más profundas sus convicciones sobre las diferencias sociales y lo sensibilizó con la importancia de luchar contra ellas, en su segundo viaje va consolidando sus conocimientos políticos y se acrecienta la necesidad de profundizar en sus estudios, para determinar con mayor claridad el porqué y el cómo de una lucha que culminara en una revolución verdadera.

Con los ojos del recuerdo, recreo esa despedida, en medio de sus familiares y amigos, que sin entender el porqué pero siguiendo la conducta formal de despedir a un miembro de su grupo o clase que sale a buscar nuevos horizontes, la lleva a cabo, aunque en este caso el que se va lo hace rompiendo todos los cánones del grupo a que pertenece y contradiciendo todos los esquemas preestablecidos.

Lo veo vestido con la ropa de «fajina» del ejército argentino, pantalón estrecho, camisa rústica, y borceguíes con los cordones seguramente desamarrados, no por un signo de desidia, sino para ser consecuente con su escala de valores, donde el atuendo no es lo más importante.

Así, colgado del vagón de segunda clase con su amplia sonrisa, erguida la cabeza semi rapada, el «pelao Guevara» de siempre, se va alejando del andén porteño y va entrando en la historia.

A partir de ese momento, a lo largo de las páginas del Diario, aparecen en un alucinante caleidoscopio todo lo que considera digno de ser anotado y siempre presente, en permanente simbiosis, el estilista literario y el observador profundo.

De la visita a Bolsa Negra hace una descripción muy vívida del paisaje que rodea la mina y luego agrega: «Pero la mina no se sentía palpar. Faltaba el empuje de los brazos, que todos los días arrancan la carga de material a la tierra y que ahora estaban en La Paz defendiendo la Revolución por se el 2 de agosto, día del indio y de la Reforma Agraria».

Se puede encontrar en este párrafo, en apretada síntesis, lo que para Ernesto ya comenzaba a ser un axioma: la importancia del hombre en todas las actividades de la vida. Pero al mismo tiempo dicho con la belleza de un literato de fuste.

Otro de los aspectos a resaltar en el Diario es su prematura multiplicidad, patente en las numerosas y diversas actividades que lleva a cabo en el corto período de su viaje.

Es así que emprende tareas tan disímiles como dar una conferencia sobre las actividades docentes en la Universidad de Buenos Aires o discurrir sobre investigaciones con el eminente fisiólogo español P. Suñer, víctima de la persecución franquista.

Comienza una serie de intercambios con personalidades con quienes discutió y muchas veces discrepó.

De cada una de las entrevistas hace un balance crítico y se observa con asombro la cantidad de aciertos que se encuentran en estos análisis, vistos a la luz de casi medio siglo de distancia.

Al llegar a Costa Rica, conoce a varios exiliados políticos, entre ellos dos que tendrán una actuación política de trascendencia en sus respectivos países donde llegarían a la presidencia de los mismos.

De la entrevista con Juan Bosch, dominicano, y Rómulo Betancourt, venezolano, surge espontáneamente una pregunta,

4 ernesto che guevara

¿cómo este joven desconocido, desprejuiciado en el atuendo, incisivo y crítico en el diálogo, pudo romper el cerco oficioso que los rodeaban?

La respuesta no es fácil pero lo real es que intercambió con ellos y al hacer las conclusiones de esos encuentros, estas no pueden ser más exactas.

A Bosch lo retrata tal como fue en su actividad gubernamental, en pocas palabras. Respecto a Betancourt, anticipa con crudo realismo la conducta que llevaría a cabo Rómulo, tanto en sus años de presidente de Venezuela, como al frente de la maquinaria electoral de Acción Democrática, desde donde entregó las grandes riquezas a las transnacionales de los Estados Unidos.

No falta en el Diario un toque de alegría y vitalidad y junto al hombre de ideas, hallamos al joven vigoroso, lleno de energías, sensible a la presencia femenina, capaz de darle un poco de cariño y consuelo a «la negrita Socorro» sin traicionarse a sí mismo y juzgar la aventura con auténticos matices.

Extraordinariamente importante resultan los pasajes descritos de su estancia en México, por la diversidad de interés y facetas. Visita museos, admira los murales de Orozco, Rivera, Tamayo y Siqueiros, y recorre las fascinantes pirámides aztecas, sin olvidar sus verdaderos objetivos. A la fascinación de la cultura mexicana le agrega un toque determinante e irreversible, cuando escribe que hará «una vida de proletario».

De esa forma, no se deja tentar por las ayudas que le ofrecen Ulises Petit de Murat, Hilda, Petrone, su propia tía Beatriz, que lo llevarían a un camino burgués. Permanece en su estatus proletario con «la rutinaria cadena de esperanzas y desengaños» que caracteriza la vida de esta clase durante la lucha por la toma del verdadero poder.

Esa actitud nueva frente a los problemas políticos que lo rodean, queda claramente expuesta en una discusión, que reproduce, con

un grupo de exiliados argentinos en México. Estos querían enviar una nota de apoyo al nuevo gobierno argentino, surgido después del derrocamiento de Perón. En esa reunión Ernesto solicita que antes de apoyar a dicho gobierno «se esperara que este llevara a cabo actos concretos, como la democracia sindical, y la conducta económica».

Unido al espíritu proletario, surge en él, más potente que nunca, su gran sentido de solidaridad: así como compartió, en el primer viaje, su manta de abrigo, con la pareja de obreros en la fría noche del altiplano chileno, ahora en México, pese a las penurias económicas que sufre, busca y consigue dinero (\$150,00) para ayudar a su amigo El Patojo, a quien aconseja retornar a Guatemala al lado de su madre que necesita de su apoyo económico y afectivo.

En las últimas páginas se encuentran perfectamente perfiladas las tres grandes líneas de conductas que han demarcado su vida durante sus primeros cinco lustros. Su afición y capacidad para la ciencia; su deambular entre viajeros curiosos y el estudio de la naturaleza y las civilizaciones en compañía de sus amigos y tercera, la necesidad de participar en una Revolución verdadera.

Como ilustración de lo anterior, se pueden apreciar los comentarios acerca de la presentación en Guanajuato de su trabajo sobre alergia, y sopesa la posibilidad de hacer ciencia investigativa y medicina humana.

En esos días, al comentar también sobre su futuro, se refiere a una presunta reunión en Caracas con los Granado, y aunque la considera como posibilidad, es más bien un pensamiento fugaz y concesión al llamado de los amigos, que una firme resolución. Queda claro, y especialmente para mí, que ya la forma de actuar y de pensar dista mucho de aquel Fuser de 1952 con quien compartió momentos irrepetibles. Siguen presentes sus deseos de viajar e investigar, pero se siente la férrea convicción de no volver a ser

semicientífico, semibohemio, semirrevolucionario, sino de entregarse de lleno al gran salto decisivo.

Por azares de la vida en ese duro mes de julio conoce a Fidel, en quien encuentra el aliento y apoyo que necesitaba.

Es por eso que si se dijera que en su Diario existe poco espacio para la descripción de un encuentro tan importante en el futuro, ¿estaré equivocado cuando pienso que en el instante de escribir esas líneas dije para sí, parafraseando al Maestro*: *Hay cosas que en silencio han tenido que ser...?*

La Habana, agosto de 1998

* Se refiere a José Martí, Héroe Nacional de Cuba.